



INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

Uno de los grandes cambios que se están consolidando en América Latina es la incorporación de la educación secundaria dentro del ciclo de educación obligatoria. En casi todos los países, lo que habitualmente se conoce como secundaria baja (y que suele abarcar los tres primeros años de la educación media) ya es obligatoria y, en muchos casos, entró en esta categoría la totalidad de la educación media, que representa en general entre cinco y seis años de escolarización. Así, cada vez más, el ciclo de educación obligatoria se prolonga en la región hasta un período mayor de 10 años, llegando, en algunos países, a 13 años.

Esto representa un gran avance. En principio, implica el reconocimiento de que transmitir a los niños y jóvenes de las nuevas generaciones los saberes necesarios para su plena integración como ciudadanos y su formación como sujetos requiere más tiempo que en épocas pasadas porque los recursos con los que hay que contar para poder moverse e integrarse en sociedades complejas como las actuales también son más. En segundo lugar, con esta extensión del ciclo de la educación obligatoria se amplía el tiempo, en la vida de un niño, en que la educación es más que una opción. Es un derecho irrenunciable que representa una obligación para los padres o adultos de referencia y frente al cual el Estado aparece comprometido como garante y como responsable de asegurar una oferta educativa de calidad.

Pero, al mismo tiempo, y precisamente por las responsabilidades que esta definición implica, este cambio representa nuevos retos y enfrenta a los sistemas educativos con dificultades mayores. Gran parte de estos desafíos son cuantitativos: el número de niños y adolescentes para los que hay que garantizar una educación de calidad se incrementa, ya no solo por el habitual ritmo de crecimiento de las poblaciones de la región, sino además por el aumento de años en que cada uno de ellos deberá estar escolarizado. Ello se traduce en una creciente necesidad de escuelas, equipamiento y docentes que, hoy en día, pocos países están en condiciones de garantizar.

Otros desafíos son de índole cualitativa. El paso desde una educación secundaria opcional hacia otra obligatoria exige un cambio de fondo en la concepción de las instituciones educativas, pues representa la necesidad de desarrollar un conjunto de mecanismos de integración y retención hasta ahora casi inexistentes en ese nivel de enseñanza. Las escuelas medias se ven hoy transitando el difícil camino que las lleva de ser instituciones que históricamente seleccionaron jóvenes, encaminándolos en trayectorias de vida diferenciadas que profundizaban sus desigualdades sociales de origen, a ser instituciones comprometidas con la integración de las nuevas generaciones y la igualdad en los logros educativos de todos, independientemente de su origen. Así, recursos que fueron constitutivos de la dinámica de este nivel de enseñanza como modos de garantizar excelencia, entre los que se pueden mencionar el examen de ingreso (vigente hasta hace poco en algunos países) o la posibilidad de expulsión, dejan de ser legítimos cuando el espíritu de estas instituciones es precisamente la integración universal.

Pero, tal vez, la mayor dificultad que afrontan los sistemas educativos hoy se deriva de que un nuevo grupo social se constituye en sujeto de un derecho legitimado por



la obligatoriedad de la educación y el compromiso del Estado: los adolescentes. La extensión de la obligatoriedad y la voluntad de universalizar la educación secundaria hace que los adolescentes se constituyan en los nuevos referentes de las políticas educativas.

Los adolescentes son hoy la gran incógnita de las escuelas medias: inentendibles para unos, curiosos y entusiastas para otros, inquietos, diversos, cambiantes, dan origen a un gran número de interrogantes sobre los que los establecimientos educativos encuentran escasas respuestas convincentes u orientadoras. Cómo lograr que asuman como propio el proyecto educativo, cómo interactuar con ellos, cuál es la estrategia institucional que permite retenerlos y convertir su paso por la escuela en una experiencia productiva y enriquecedora son preguntas recurrentes de docentes y directivos que ponen en evidencia la dificultad de producir una educación de calidad.

LOS ADOLESCENTES

La adolescencia y los adolescentes no necesariamente son lo mismo. Cuando se habla de adolescencia, se hace mención a un período de la vida de las personas que tiene una serie de características que la definen: un comienzo vinculado con vertiginosos cambios corporales originados en la aparición de hormonas que producen la maduración sexual y la posibilidad de la reproducción biológica. Como es sabido, estos cambios implican una profunda y, en ocasiones, trabajosa rearticulación de la identidad, dado que exigen elaborar un perfil de sexualidad preciso, la búsqueda y definición de un objeto de deseo y la primera configuración de la personalidad adulta, proceso que además va acompañado por los primeros atisbos de diferenciación generacional respecto de adultos significativos y su posterior autonomía.

Se trata de un momento complicado para los que transitan por ese período ya que en él se manifiesta el juego de la aceptación de los demás, tanto de pares como de adul-



tos. Este tránsito marca también el fin de la infancia como etapa de relativas seguridades que, a partir de entonces, se está obligado a superar. Por eso, también se habla de un proceso doloroso en el que los cambios distan de ser voluntarios y son más bien pérdidas que deben asumirse sin mayores alternativas.

Adolescencia no es lo mismo que adolescentes. Los adolescentes son un conjunto de la población que atraviesa por ese período de la vida con distintos ritmos de acuerdo a su propia biología en desarrollo, pero también con distintas posibilidades de detenerse en los momentos problemáticos para hacer elaboraciones profundas y pertrecharse con los elementos que les permitirán madurar y crecer en las condiciones que reclama la vida futura. Los adolescentes sufren incertidumbres distintas según los recursos con que cuenten, las instituciones que los reciban y los comprendan, las familias que los alberguen y los apoyen en su desenvolvimiento, el medio social que los circunde y la existencia de espacios relativamente libres e invitadores que les permitan apuntalar el proceso de autonomía que comienzan a ensayar.

En sociedades donde los recursos son escasos o están distribuidos de manera muy desigual, las posibilidades objetivas de los distintos tipos de adolescentes tienden a ser tan disímiles como los recursos materiales, afectivos, didácticos y de apoyo exterior con los que puedan contar. Un adolescente solo, expuesto a un ambiente violento, recibido por una institución educativa que lo ignora o que lo subsume con distancia en una categoría general e impersonal, transitará por sus nuevas incertidumbres con la inseguridad que le imprime la vida precaria que le ofrece su medio. En cambio, un adolescente protegido, escuchado, que disponga de espacios verdes para hacer deportes, alimentado con las mejores ideas e intervenciones pedagógicas de sus adultos cercanos, tenderá a desarrollar otras competencias para el futuro.

Adolescencia y adolescentes no siempre coinciden en las necesidades de la edad ni en los requerimientos que la etapa plantea, pues no siempre el medio social está a la altura de las exigencias que, en muchos casos, lejos de adultos significativos e instituciones



responsables, se ven obligados a resolver en soledad. La adolescencia es una etapa plena de desafíos y potencialidades interesantísimos que cualquier niño ansía enfrentar: las promesas del cuerpo adulto, la consideración de mayoría que acarrea automáticamente un cuerpo que crece, la aparición de la sexualidad y del primer amor como ofrendas para la felicidad futura, son cuestiones que movilizan positivamente al sujeto que florece.

Al mismo tiempo, ese futuro profundo que por primera vez comienza a considerarse, con la segura presión que implica aterrizar las fantasías infantiles ante los horizontes de posibilidad que la vida adulta generalmente recorta, abre también un terreno propicio a la desorientación, los temores ante lo desconocido, el ansia creciente que despiertan las propias limitaciones y los eventuales fracasos que se vislumbran entre bambalinas. Los adolescentes son expuestos a un cambio de experiencia vital que no siempre se resuelve positivamente; son invitados a una rearticulación que en muchos casos quedará trunca, al menos en el terreno de las posibilidades virtualmente infinitas que se despliegan con la pubertad.

Las posibilidades de explotación de la potencialidad de los adolescentes dependen de la acción productiva que las instituciones que acompañan ese período –por regla general, la familia y, en menor medida, la escuela– puedan articular. En sociedades que tienden crecientemente a sustentar su organización sobre la base estratégica del conocimiento aplicado, la escuela gana relieve en la medida en que es la llave de acceso a ese primer escalón formativo del que derivarán otros, más cercanos a una segura inserción futura, alejada de contratiempos dolorosos. La mala noticia es que, en nuestras sociedades, este recurso, la posibilidad de aprender, se distribuye muy desigualmente, con lo que se recortan de manera diferencial las vías de inserción del porvenir. Una formación de calidad en la adolescencia impulsa carreras que se involucran en la educación superior con mayor persistencia y mejores resultados para redundar luego, por regla general, en trabajos de mejor calidad, cobertura, posibilidades de desarrollo y

remuneración. En este sentido, con una buena inserción presente, la adolescencia es la base de un proyecto de inserción futura probablemente venturoso, pero si esos apoyos fundamentales se escatiman, tal proyecto de inserción se torna improbable en términos de éxito.

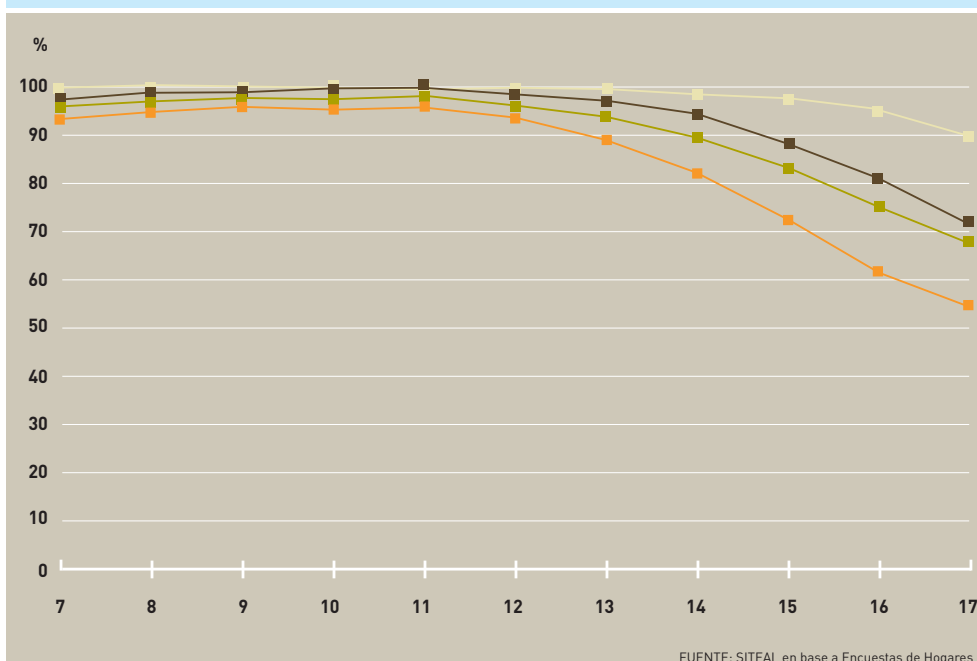
LOS ADOLESCENTES Y LA ESCUELA

En el conjunto de América Latina, casi la totalidad de los niños de 7 a 12 años de edad están escolarizados. Se sabe, a partir de las encuestas realizadas en los hogares de dieciséis países de la región, que el 98% de ellos asiste a algún establecimiento educativo. No todos están en la misma situación: algunos de ellos asisten día a día y cursan el grado o año que les corresponde para su edad; otros, seguramente tienen niveles de retraso significativos y asisten irregularmente, en la medida en que sus circunstancias se los permiten. Pero todos ellos están vinculados con el sistema educativo.

Esto debe entenderse como el resultado de dos fenómenos sumamente relevantes. Por un lado, cualquiera sea la situación de las familias, en cada una de ellas hay un gran esfuerzo para que sus niños asistan a la escuela, lo cual demuestra que el conjunto de la sociedad valora positivamente la educación de los niños de temprana edad. Por otro lado, indica también que existe una gran cobertura en términos de oferta educativa. Este dato de acceso casi universal a la escuela a edades tempranas hace suponer como excepcional, o acotada a escenarios muy específicos, la posibilidad de que las familias no encuentren una escuela donde matricular a estos niños. Este dato no revela la calidad de las escuelas a las que asisten; algunos establecimientos son modernos, bien equipados y confortables, en tanto muchos otros son espacios precarios y desprovistos de las condiciones mínimas para una buena educación (VER EL GRÁFICO 1).

GRÁFICO 1
Tasas específicas de escolarización de niños y adolescentes según edades simples por nivel socioeconómico del hogar. América Latina (16 países), circa 2006

NIVEL SOCIOECONÓMICO BAJO
NIVEL SOCIOECONÓMICO MEDIO
NIVEL SOCIOECONÓMICO ALTO
TOTAL



FUENTE: SITEAL en base a Encuestas de Hogares

El gráfico 1 muestra que, en la medida en que aumenta la edad, los niveles de escolarización comienzan a descender. Entre los adolescentes de 14 años, la tasa de escolarización es menor al 90% y a los 17 años, un tercio de los jóvenes ya no asiste a la escuela. Finalmente, y tal como se analiza más adelante, menos de la mitad logra completar el nivel medio. Mencionar la escolarización de los adolescentes no supone una referencia al nivel al que asisten. En muchos casos, ellos todavía están cursando el nivel primario; en otros, ya están en el nivel medio. Pero, en promedio, para el conjunto de la región, a partir de los 13 años se inicia un proceso de alejamiento del sistema educativo que se irá profundizando año a año.

¿Qué elementos subyacen a la creciente desescolarización de los adolescentes, a medida que tienen más edad? El *Informe sobre Tendencias Sociales y Educativas de América Latina* publicado por el SITEAL en el año 2007 destacaba la relevancia que tienen los factores económicos en las trayectorias escolares de los niños y adolescentes. La idea central del *Informe 2007* era que el esfuerzo que debe realizar una familia para acompañar a sus hijos durante 10 o 12 años de escolarización es muy grande. Las posibilidades de un niño o adolescente de asistir cada día a clases, aprovechar la experiencia educativa para crecer, acceder a los recursos materiales que requiere la escolarización, tener las condiciones adecuadas para realizar tareas fuera del hogar, hacer ejercicios matemáticos, estudiar, comprender textos o redactar las tareas requeridas dependen, en gran medida, del nivel de bienestar de sus familias.

Una de las paradojas más grandes que se viven hoy en la región es que el bienestar de las familias es una condición fundamental para el desarrollo educativo de las nuevas generaciones, pero el acceso a ese bienestar está regido casi exclusivamente por el mercado. La calidad de vida de las familias depende del modo en que se articulan con el mercado de trabajo, en contextos en que esos mercados son altamente excluyentes y competitivos. Los datos analizados mostraron que es tal la centralidad del funcionamiento de las economías regionales en la determinación de las trayectorias educativas de las nuevas generaciones que el *Informe 2007* terminó destacando, entre sus conclusiones, que el desafío de garantizar una educación de calidad para todos los niños y adolescentes puede verse frustrado si no se pone en discusión el modelo de desarrollo que prevalece en los países de la región, si no se promueven políticas públicas que minimicen los efectos diferenciadores del mercado.

El gráfico 1 muestra claramente esta relación. Al tomar como una primera señal de alerta el momento en que los niveles de escolarización pasan a ser inferiores al 90%, se ve que esto ocurre en edades muy diferentes según el nivel socioeconómico de los adolescentes. Entre aquellos de nivel socioeconómico alto, este alejamiento de la escuela se hace visible a los 17 años de edad. En cambio, entre los que provienen de los estratos sociales más bajos, la desescolarización se inicia a los 13. Es así como hacia el final de la adolescencia, mientras entre los primeros la tasa de escolarización es del 89%, entre estos últimos desciende al 53%. Queda claro, en estos datos, que el nivel socioeconómico es un factor de gran incidencia en las trayectorias escolares de los adolescentes.

Desde un punto de vista predictivo, es posible sostener que, si un adolescente pertenece a los estratos sociales más altos, es altamente probable que esté escolarizado; en cambio, si pertenece a los grupos sociales más desfavorecidos, su suerte es más incierta, y lo más probable es que esté desescolarizado. Este análisis se vuelve más nítido cuando se lo compara con la situación de los niños en edad de cursar el nivel primario. En este grupo, al ser tan altas las tasas de escolarización, el nivel socioeconómico

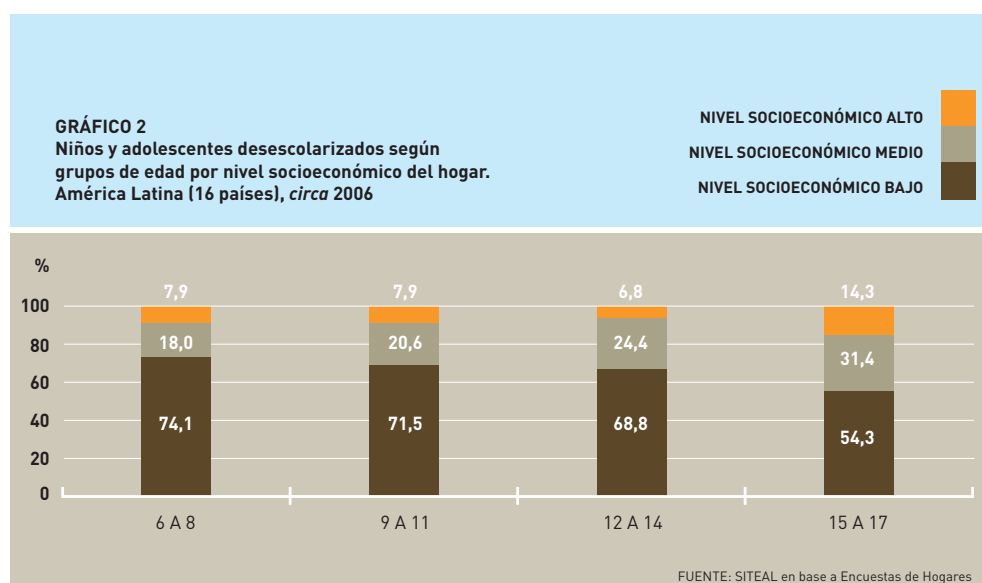


marca menos la probabilidad relativa de estar o no escolarizado: cualquiera sea su origen social, un niño de entre 7 y 10 años de edad seguramente estará vinculado al sistema educativo. Este razonamiento permite concluir que el impacto del origen socioeconómico sobre la situación educativa se incrementa a medida que es mayor la edad de los alumnos. Una parte importante de este *Informe* intenta mostrar esas relaciones, marcar las trayectorias diferenciales según el nivel social de los adolescentes y desentrañar posibles mecanismos que operan en esa compleja relación.

De todos modos, una observación más detenida de la información disponible relativiza estos hallazgos, e invita a una segunda lectura de la realidad de los adolescentes. Si se toma en cuenta el origen social de los niños y adolescentes que están fuera del sistema educativo, se observa que, en las edades más tempranas, la gran mayoría –el 75%– proviene de los niveles sociales más bajos. En cambio, entre ellos solo el 8% proviene de los sectores sociales altos (VER EL GRÁFICO 2).

A medida que aumenta la edad, la experiencia de la desescolarización deja de ser privativa de los pobres. Así, a los 17 años, el 31% de los adolescentes desescolarizados provienen de los sectores medios y el 17%, de los altos. Y la mitad provienen de los estratos sociales más postergados. Si bien la dimensión económica es central para entender el alejamiento de los adolescentes de sus escuelas, sin duda hay otra dimensión que debe ser contemplada.

¿Qué otros factores, que no estén relacionados con el nivel social de origen, pueden estar detrás de la desescolarización de los adolescentes? Esta es, tal vez, una de las preguntas más complejas que enfrentan hoy los sistemas educativos de la región. Hay algo que tiene que ver con el ser adolescente, independientemente del sector social al que pertenezca, que implica un gran desafío para los establecimientos educativos, y frente al cual hoy las respuestas no son las más acertadas.



Las hipótesis con las que se puede abordar este interrogante son múltiples. Algunas tienen que ver con los mismos adolescentes. El momento que están viviendo, su necesidad de ganar un espacio más despojado de mandatos familiares, de construir una identidad que los proyecte hacia el futuro o de vivir un momento de rebelión necesario para su constitución como sujeto adulto son aspectos que sin duda llevarán a que la relación que puedan establecer con su escuela –en tanto institución formal y adulta– sea compleja.

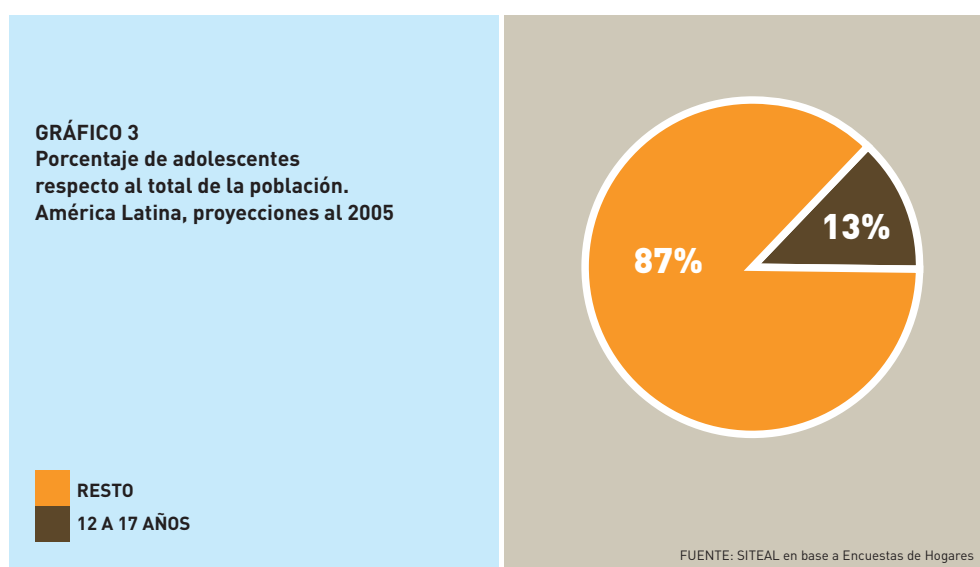
Otras hipótesis invitarían a poner la mirada sobre las escuelas. Los docentes, en el trato diario con sus alumnos adolescentes, suelen quedar invadidos por un marcado estado de perplejidad. Les es imposible decodificar sus discursos, establecer un diálogo con ellos. No los entienden, y menos aún logran hacerse entender. Ante sus ojos, un aula llena de adolescentes está signada por un caos que casi inevitablemente los lleva a añorar a los alumnos que supieron tener décadas atrás, cuando la escuela era para pocos. Sin duda es difícil, hoy, consolidar una institución que logre relacionarse productivamente con los adolescentes.

Un tercer conjunto de hipótesis lleva a poner la mirada en las familias. Cabe aquí mencionar, a modo de ejemplo, dos fenómenos que se dan en el núcleo de las familias que, articulados, configuran un escenario en el cual la desescolarización es una opción altamente viable. El primero tiene que ver con la relación entre los padres y sus hijos. Cuando los hijos llegan a la adolescencia, se inicia una gradual redefinición de las relaciones de autoridad que operan dentro del núcleo familiar. Los hijos pasan a ser cada vez más inasibles, menos maleables, más autónomos, y esto se traduce en un debilitamiento de la capacidad de los padres para influir en las elecciones y decisiones de ellos. El segundo es la relación de los padres con la educación media. Las altas tasas de escolarización en las edades propias de la educación primaria muestran que las familias buscan que sus niños pasen por la experiencia escolar; esta valoración tiende a decaer cuando se trata de la educación media. Para muchos padres no es inaceptable que sus hijos adolescentes dejen la escuela. Incluso, en muchos casos, los acompañan en su decisión, se hacen cómplices de ella. De modo que una menor incidencia en las decisiones de los adolescentes, acompañada en muchos casos por una escasa convicción respecto a que la educación media es un valor, propician un escenario en el que la desescolarización es una opción posible entre tantas otras que aparecen frente a ellos. Así, factores que tienen que ver con la especificidad de la ado-

lescencia, con la relación entre los adolescentes y las escuelas o sus familias se suman a los socioeconómicos a la hora de comprender su situación educativa. Esta es una dimensión compleja que enfrentan hoy las políticas educativas de la región.

DESIGUALDAD, DIVERSIDAD Y HETEROGENEIDAD EN EL UNIVERSO DE LOS ADOLESCENTES: UNA APROXIMACIÓN DESDE LOS DATOS

Existen múltiples formas de transitar la adolescencia y la escolaridad media hoy en América Latina. Es algo que, atentos a los números, no podría ser de otro modo: los adolescentes constituyen el 13 % de toda la población latinoamericana; esto es, más de 80 millones de jóvenes sobre una población total cercana a los 550 millones de personas, lo cual representa una enorme masa poblacional en la que, como mínimo, cabe postular diferencias, diversidades y multiplicidades considerables. [VER EL GRÁFICO 3].



Estos adolescentes habitan en áreas rurales, pueblos, pequeñas ciudades y en las grandes metrópolis de todo el subcontinente. Sus identidades y problemáticas son aquellas compartidas por el ciclo de vida en el que se encuentran, pero también están configuradas en parte por el grupo social, sexo, origen étnico y cultura de pertenencia. No obstante, la diversidad no se detiene allí; en un período de formación de la identidad adulta, la subjetividad individual no se deja comprender solo por las variables sociales. Y este es uno de los mayores desafíos para la escuela media hoy: conocer y trabajar tanto con aquello que los adolescentes tienen en común como con sus particularidades.

Uno de los objetivos de este Informe es aportar elementos que enriquezcan el estado del conocimiento sobre esta heterogeneidad del universo de los adolescentes. El primer nivel de aproximación que se propone aquí para acceder a este complejo mundo de los adolescentes de América Latina es, precisamente, el que pone en el centro la diversidad de situaciones que se viven en los diferentes países de la región. América Latina es una región en la que coexisten países con muy diverso nivel de desarrollo económico y social, atravesados por historias y culturas muy disímiles. En consecuencia, avanzar en una aproximación a la realidad de los adolescentes latinoamericanos sin poner en juego el impacto que tiene sobre esa realidad el país en el cual están experimentando la adolescencia resultaría en la composición de un tipo de adolescente que tal vez no exista en ningún lugar de esta extensa geografía.



Tomada la decisión de no trabajar con la región como un único universo homogéneo, tampoco resulta adecuado trabajar con los datos desagregados por país ya que esto produciría una imagen de la adolescencia demasiado heterogénea y difícil de comprender. Es por ello que se optó por conformar grupos de países que representen, de algún modo, esa compleja heterogeneidad.

Para determinar los grupos, se procuró identificar proximidades y diferencias entre los países a partir de un conjunto de variables consideradas relevantes para comprender la situación de los adolescentes. Por un lado, y tomando en cuenta la centralidad de la dimensión socioeconómica en la orientación de las trayectorias educativas de los adolescentes, se prestó atención a los niveles de ingresos en cada país y a la estructura de oportunidades que ofrecen sus mercados de trabajo. Por otro, se consideraron aspectos demográficos, como por ejemplo el grado de urbanización de cada país. Por último, se contempló un componente cualitativo, relacionado con la mayor o menor presencia de culturas originarias o afrodescendientes en la población.

El **grupo 1** está integrado por los países del Cono Sur: Argentina, Chile y Uruguay. Son los países que muestran el mayor nivel de desarrollo económico, mercados de trabajo fuertemente estructurados en torno al sector formal de las economías, los mayores niveles de urbanización y la menor presencia de comunidades indígenas entre su población.

En el **grupo 2** están los dos países más grandes de la región: Brasil y México. A ellos se suman Colombia y los dos países que muestran los niveles de desarrollo más altos en América Central: Costa Rica y Panamá. Estos cinco países tienen niveles altos de desarrollo, aunque en términos de ingresos per cápita se ubican por debajo de los del grupo 1. La proporción de población rural es mayor a la del grupo 1, así como también la presencia de poblaciones indígenas (México) y afrodescendientes (Brasil, Panamá, Costa Rica y Colombia).

Al **grupo 3** lo integran los tres países andinos con mayor presencia de poblaciones indígenas: Ecuador, Perú y Bolivia. A esta tipología se suma Paraguay, otro país sudamericano con un nivel de desarrollo económico cercano al de los países andinos, con los que comparte, además, una alta presencia de población indígena. Los países de este grupo tienen niveles de ingreso per cápita inferiores al promedio de la región, el mayor desarrollo del sector informal en las economías de América del Sur, un porcentaje mayor de población rural y una gran tradición indígena en la vida cotidiana. Por último, el **grupo 4** está formado por cuatro países que están juntos en América Central: El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala. Integrados, conforman el

conjunto de países con el nivel más bajo de desarrollo económico y social. Sus economías están fuertemente estructuradas en torno a la informalidad, prevalecen relaciones de producción tradicionales y amplios sectores de su población muestran niveles de carencia muy profundos.

Abordar la heterogeneidad de países desde esta perspectiva tiene el contraefecto de opacar los rasgos particulares de cada uno de ellos pero, al mismo tiempo, aproxima a la gran diversidad de escenarios que coexisten en la región. A los fines de este *Informe*, esta categorización resulta sumamente productiva.


Un segundo nivel de aproximación a la heterogeneidad de situaciones en que transcurre la vida cotidiana de los adolescentes resulta de las profundas desigualdades sociales que existen en cada uno de los países. Es ya un enunciado recurrente el que recuerda que América Latina es la región con las mayores desigualdades del mundo. Puede sostenerse que la mayoría de sus países no son pobres, pero conviven en ellos amplios sectores de la población en condiciones de pobreza extrema con otros sumamente ricos. Uno de los principales problemas sociales de la región es precisamente la desigual distribución de la riqueza que generan sus países. En consecuencia, no es posible hacer referencia al adolescente guatemalteco o al chileno sin dar cuenta del estrato social al que pertenece. Por ello se proponen, para cada grupo de países, tres estratos sociales diferentes.

Los criterios que pueden ser aplicados para lograr una aproximación a la estratificación social de los países son múltiples. Se puede recurrir, como en el *Informe 2007*, al modo en que las familias se articulan con el sistema productivo. Es habitual encontrar, por otra parte, trabajos que apelan a las estructuras de ingresos –deciles o quintiles de ingresos per cápita– como aproximaciones a las condiciones de vida. Por último, y como un derivado de éstos, son recurrentes los trabajos que se centran en la distinción entre familias pobres y no pobres.

En este caso, se recurre a un criterio presente en casi todos los análisis que se desarrollan desde el SITEAL: el clima educativo de los hogares. Desde el punto de vista operacional, el clima educativo es el promedio de los años de escolarización de los adultos que viven en el hogar. La principal razón por la cual se opta por este indicador es que –dentro del conjunto de información que se releva en las encuestas de hogares y los censos de población– es el único que remite a la historia social de las personas, a su origen. Así, un adulto que tiene formación universitaria completa seguramente nació en un estrato social medio o alto y se crió en una familia que tuvo las condiciones adecuadas para poder acompañar su paso por los diferentes momentos de su formación. Esta trayectoria personal lo posiciona, muy probablemente, en un lugar desde el cual puede aprovechar adecuadamente las oportunidades que el contexto le ofrece. Por el contrario, un adulto con primaria incompleta seguramente nació en la pobreza, desde pequeño tuvo que salir a trabajar –hecho que lo llevó a interrumpir su relación con el sistema educativo– y actualmente está desprovisto de recursos que le permitan acceder a niveles adecuados de bienestar.

El clima educativo del hogar no se refiere solo al tipo de credenciales escolares a las que esa familia accedió –lectura que no queda excluida–; se considera especialmente como un indicador del nivel socioeconómico que se basa en la historia social de cada hogar, en su origen. A los efectos de establecer un criterio de corte, en cada uno de los países se dividió el universo de hogares en tres grupos iguales, identificados como niveles socioeconómicos bajo, medio y alto.

De este modo, no solo se muestra la heterogeneidad entre países, sino que también se identifican dentro de cada grupo diferentes estratos sociales. De la combinación de los cuatro grupos de países con los tres niveles socioeconómicos dentro de cada uno de ellos, resultan doce grupos diferentes en los que se centra el análisis de la información presentada en este *Informe*, tal como se muestra a continuación:



NIVEL SOCIOECONÓMICO	GRUPO DE PAÍSES			
	1	2	3	4
BAJO	●	●	●	●
MEDIO	●	●	●	●
ALTO	●	●	●	●

Cabe aquí plantear la hipótesis de que cada uno de los grupos que se forman en este entramado no es privativo del espacio en el cual queda definido. Es decir, si se toma, por ejemplo, a los adolescentes que pertenecen a hogares del nivel socioeconómico medio de los países del grupo 3, la lectura que aquí se propone es que ellos no existen solo en esos países y esos estratos. Por el contrario, en todos los países de la región hay adolescentes que, en alguna medida, están representados por ese grupo. Este entramado de espacios geográficos y niveles socioeconómicos pone de relieve un heterogéneo universo de escenarios que, seguramente, existe en cada uno de los países de la región. En mayor o menor medida, cada uno de los doce grupos de hogares que resultan de este entramado está presente en cada país, coexiste con los otros, y juntos conforman su universo. Se invita a leer esta información como expresión de una heterogeneidad presente en todos los países; la diferencia entre países es, en todo caso, resultado del peso relativo de cada grupo en el conjunto.

El análisis de la diversidad de adolescentes de América Latina no se agota en el abordaje de las diferencias entre grupos de países y de las diferencias socioeconómicas en cada uno de ellos. Hay un tercer criterio, de gran relevancia en la configuración de su vida cotidiana y de su espectro de oportunidades: la distinción entre urbanos y rurales. Sin duda, tal como se analiza en el presente *Informe*, un adolescente urbano y otro rural son sumamente diferentes. Si bien el límite entre uno y otro escenario es cada vez más difuso y coexisten –en el debate conceptual y en las definiciones operativas que subyacen al diseño de los instrumentos de relevamiento de información– múltiples formas de representarlo, persisten en ellos dos modelos culturales claramente diferenciados.

Hay dos atributos personales que terminan de conformar el heterogéneo mundo de los adolescentes: la edad y el sexo. Definir a los adolescentes en términos de edad es un ejercicio viciado por un alto grado de arbitrariedad. En este caso, se centró la atención en aquellos en edad escolar; es decir, los que, según las edades teóricas asociadas al diseño de los ciclos lectivos de la región, deberían estar escolarizados en el nivel medio de educación. En este *Informe* se analiza la situación de los adolescentes que tienen entre 12 y 17 años cumplidos, espectro de edades abarcado por el nivel medio de la mayoría de los países de la región. A los efectos de evitar imágenes confusas de la adolescencia, se optó por analizar la mayor parte de la información diferenciando a los más jóvenes (de 12 a 14 años) de los mayores (de 15 a 17).

Por último, el escenario que se presenta ante un adolescente es muy diferente según sea hombre o mujer. En América Latina prevalecen modelos culturales que diferencian claramente las expectativas y responsabilidades que se vuelcan sobre unos y otros, por lo que la información es analizada teniendo en cuenta las diferencias de género.

CARACTERÍSTICAS DE ESTE *INFORME*

El análisis del panorama educativo de los adolescentes requiere, entonces, poner la atención en la coexistencia de dos dimensiones presentes en su dinámica: aquella que remite a su situación socioeconómica y la que es propia de la condición adolescente, y que hace referencia a su subjetividad, sus preferencias y su propia identidad. La necesidad de esta mirada atenta a ambos niveles es la idea central en torno a la cual está estructurado este *Informe*. En el primer capítulo se analiza la situación socioeconómica de los adolescentes y sus familias. Allí se expone, en primer lugar, el panorama social de las familias con adolescentes de la región. Tras un ligero perfil demográfico, se examina el modo en que las familias se relacionan con el mercado de trabajo, incluyendo una breve mención a las dispares condiciones de vida en que viven los adolescentes. A continuación, se focaliza la relación de los adolescentes con el mercado de trabajo. Este tema es sumamente relevante, si se tiene en cuenta que las prácticas laborales se traducen, en casi todos los casos, en un obstáculo para una escolarización adecuada.

Una vez esbozado el panorama social de las familias de los adolescentes y su situación particular en relación con el mundo del trabajo, el segundo capítulo se centra en la situación educativa de los adolescentes. Allí se analiza el acceso de los adolescentes a los establecimientos educativos y la dificultad de avanzar en una trayectoria sin niveles significativos de retraso. La mirada se extiende, además, a aquellos que no están escolarizados, identificando los puntos críticos en que se alejaron del sistema educativo. Incluye este punto situaciones extremas, como los espacios con niveles inadmisibles de analfabetismo en este grupo de edad, en la región. El panorama educativo, que se completa con una lectura de los datos actuales en el marco de las tendencias que se van configurando a lo largo de la presente década, ofrece elementos que permiten identificar con más claridad cuáles están siendo los logros y los principales desafíos que se enfrentan actualmente en la región.

Por último, los capítulos tercero y cuarto componen una unidad que se centra en aquellas dimensiones de la vida cotidiana de los adolescentes que trascienden su origen social y que configuran un nuevo escenario desde el cual se aproximan a la escuela. Así, el capítulo 3 analiza sus prácticas, consumos culturales y su relación con las nuevas tecnologías, en tanto que el capítulo 4 analiza situaciones que trascienden a los sujetos adolescentes, pero que son centrales en la conformación de sus identidades. Así, la violencia como un dato de la vida cotidiana, los procesos migratorios o las transformaciones que se viven en torno a lo rural configuran un nuevo escenario en que las nuevas generaciones nacen, se socializan y construyen su identidad. El texto finaliza con un conjunto de reflexiones tendientes a reorientar el debate sobre la universalización del acceso a la educación entre los adolescentes.

En este recorrido se revelan dos aspectos de la relación de los sistemas educativos con los adolescentes. El primero de ellos recupera toda una tradición del análisis de las desigualdades sociales en el acceso al conocimiento y muestra desde allí el modo en que el origen social de los adolescentes marca trayectorias educativas muy diferenciadas. El segundo, incorpora una mirada que va más allá del origen social de estos

adolescentes para enfocar aspectos más relacionados con su subjetividad, sus formas de socialización, sus elecciones e identidades. Subyace a la decisión de esta doble mirada la certeza de que ambas se necesitan a la hora de abordar el diseño de estrategias educativas tendientes a garantizar una educación de calidad para todos ellos, y que la posibilidad de completar el nivel medio represente una experiencia enriquecedora y formativa para sus vidas en el futuro.

Es necesario, en este punto, explicitar los alcances del presente *Informe*. El debate sobre los adolescentes y su relación con los sistemas educativos se está consolidando en la región, especialmente desde que figura en la agenda educativa como uno de los principales desafíos por afrontar. Muchas organizaciones y centros de investigación realizan diversos trabajos que se complementan en la construcción de un panorama integral de la situación. En este contexto, el SITEAL busca hacer un aporte específico, que tiene que ver con poner a disposición para el debate aquellos hallazgos que surgen de una exploración en profundidad de las encuestas de hogares que se generan, año a año, en los países de la región.

Pocas fuentes de información con cobertura en casi la totalidad de la región comparten con las encuestas de hogares la posibilidad de trabajar en profundidad la articulación entre los procesos sociales y los educativos. En este sentido, estas encuestas son una fuente de información privilegiada y muy subutilizada en los estudios sobre la situación educativa de América Latina. El SITEAL realiza un trabajo continuo de acceso a las bases, estandarización, procesamiento y análisis de la información que permite avanzar en el conocimiento de la situación social y educativa de los adolescentes; esta es la especificidad de este *Informe*. Dado que un análisis más acabado sobre este tema requiere del uso de otras fuentes, algunas han sido consultadas –mucho parcialmente– en los dos últimos capítulos.

La centralidad que tienen las Encuestas de Hogares como fuente de información para el diseño del *Informe* impone algunas restricciones, tanto en los temas que pueden ser abordados como en los países que pueden ser considerados en el análisis. De todos modos, más allá de estas limitaciones, las instituciones que, a través del SITEAL, presentan este *Informe*, lo hacen con el propósito de realizar un nuevo aporte a un debate que es necesario profundizar, en tanto representa la posibilidad de dar viabilidad al proyecto de garantizar una educación de calidad para todos los adolescentes de la región. ■